

El bloque latino en el pensamiento de Francisco García Calderón

Cristóbal Aljovín de Losada
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
<caljovin@gmail.com>

RESUMEN

El presente trabajo analiza la obra de don Francisco García Calderón Rey con respecto a la relación entre los países “latinos” y otro bloques de países en especial con los anglosajones (los Estados Unidos de Norteamérica) entre los inicios del siglo xx hasta la primera guerra mundial en que hay un viraje en su pensamiento. En dichos años, García Calderón plantea una visión de un bloque de países latinos liderados por Francia enfrentado a los anglosajones, los alemanes, los japoneses. Comprende la geopolítica a partir de su definición de la raza latina que excluye a la población de origen no europeo en América Latina.

PALABRAS CLAVE: Geopolítica, Diplomacia, Raza, Latina, Historia intelectual.

The Latin bloc into thinking Francisco Garcia Calderon

ABSTRACT

The article analyzes Don Francisco García Calderon Rey's understanding of the relationship between Latin countries and other group of countries, especially Anglo-Saxon countries (The United States of America) from the early XXth century to First World War, the time when ideas changed. During those years, García Calderon postulates a vision that Latin countries lead by France were confronted by Anglo-Saxons, Germans and the Japanese. His geopolitical understanding was based on his definition of “the” Latin race, which excludes the non-European population in Latin America.

KEYWORDS: Geopolitics, Diplomacy, Race, Latin, Intellectual History.

El presente trabajo analiza la obra de don Francisco García Calderón Rey (Valparaíso, 1883-Lima, 1953) con respecto a la relación entre los países “latinos” y otro bloque de países, en especial con los anglosajones (los Estados Unidos de Norteamérica), entre los inicios del siglo xx hasta la primera guerra mundial en que hay un viraje en su pensamiento¹. En dichos años, García Calderón plantea una visión de un bloque de países latinos enfrentado a los anglosajones, alemanes, japoneses, bosquejando de ese modo una suerte de geopolítica mundial en que las cuestiones en juego no eran tan solo de orden material, sino también de lo que llamaríamos hoy día temas de identidad, del ser. La posición de García Calderón fue más un clamor intelectual que un reflejo de políticas reales de unión latina, que incluía a los países latinos de América y Europa, bajo el liderazgo francés.

Su nacimiento y muerte fueron marcados por la tragedia. Nació en Valparaíso, en el año de 1883. Eran años duros para su familia. Su padre, entonces presidente del Perú, se hallaba preso en Chile por su condición de líder político. En efecto, quien fuera posteriormente Rector de la Universidad Mayor de San Marcos, Francisco García Calderón Landa (Arequipa 1834-Lima 1905), había rehusado en ese tiempo ceder territorio peruano a los invasores chilenos. Los recuerdos familiares describen el exilio como duro y con escasos recursos, aspecto que marcó toda su vida: como hombre de origen aristocrático pero carente de mayores ingresos (Gonzales, 2011: 233).

Por su origen social, García Calderón se concebía como miembro de una elite por derechos genealógicos y también por el derecho adquirido de llegar a ser en la plenitud de su vida el portavoz de la alta cultu-

ra europea-latina, sobre todo en sus raíces literarias. García Calderón se vislumbra asimismo como el portavoz de la herencia espiritual latina en América. En la narración de su biografía uno se percata que, desde muy joven, García Calderón destacó como intelectual así como por ser una persona inestable emocionalmente. Por ejemplo, un intento de suicidio fue su reacción ante la noticia de la muerte de su padre. Desde esta tragedia personal, y por un buen tiempo, residió en París, donde adquirió pronto notoriedad como intelectual: fueron tiempos de creatividad y quehacer intelectual. Redactó fuera del Perú la mayor parte de su obra, como si necesitara de la distancia para pensar en el Perú y en la América Latina. Trágicamente, en sus últimos años de vida, golpeado por sus recuerdos en un campo de concentración nazi, terminó internado en un hospital para personas nerviosas de la ciudad Lima. Murió en el año de 1953, olvidado por amigos e intelectuales e ignorado por las instituciones públicas, como amargadamente recuerda Jorge Basadre (1954: IX-X).

Junto con García Calderón, José de la Riva Agüero (Lima, 1885-Lima, 1944) y Víctor Andrés Belaunde (Arequipa, 1883-Nueva York, 1966) son los intelectuales más representativos de la generación del 900 o “arielista”, este último nombre por la influencia del libro *Ariel*, del escritor uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917), (2000). Compartieron el sentimiento de ser una elite con una obligación moral de pensar el Perú o una comunidad mayor; la defensa de una cultura, hispanoamericana o latina, percibida, algunas veces, como amenazada; y la crítica al positivismo. A pesar de muchos rasgos comunes y vínculos de amistad, hubo diferencias entre ellos. Riva Agüero y Belaunde toman distancia de los pensadores positivistas social darwinistas, en cambio García Calderón continúa utilizando mucho de sus categorías sociales, en especial la de la raza. Para Osmar Gonzales, hay una tensión entre la influencia de Auguste Comte y Herbert Spencer y, la contracorriente de éstos, representada por Émile Boutroux y Henri Bergson en el pensamiento de García Calderón. Estos últimos eran críticos del positivismo y social darwinismo por representar una visión mecanicista y materialista de la sociedad (Gonzales, 2011: 204). El maestro sanmarquino Alejandro Deustua fue uno de los divulgadores el pensamiento de Bergson. Al pensar el Perú, Deustua lo planteaba en términos elitistas y excluyentes. Curiosamente, ambas características eran usualmente compartidas por los seguidores de

1 Fernán Altuve-Lerner Febres sostiene que el pensamiento de García Calderón tuvo al menos dos fases con respecto al punto mencionado: la primera fase comprende los años entre 1904 y 1916, y la segunda etapa se inicia en el año de 1916 hasta su muerte. En la primera fase se nota una perspectiva temerosa de la influencia norteamericana en la América Latina, y en la segunda cambia de posición: menciona las bondades de la vinculación con el país del norte. En *El Panamericanismo: su pasado y su porvenir*, publicado en 1916, su postura da un viraje. Fernán Altuve-Febres, “Francisco García Calderón, el Tocqueville de la democracia latina”, en *Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu*, Margarita Guerra Martinière y Rafael Sánchez-Concha Barrios editores, (Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012), pp. 907-912. Por otro lado, Jorge Basadre propone tres ciclos en la obra de García Calderón: el primero de inicios del siglo xx hasta la primera guerra mundial, el segundo de la primera guerra mundial hasta inicios de 1930, y el tercero entre 1933 a 1949. La primera guerra mundial cambió su pensamiento sobre la relación entre la América Latina y los Estados Unidos de Norteamérica. Jorge Basadre (1954), pp. XII, XXI.



Auguste Comte y Herbert Spencer bajo otros ropajes (Gonzales, 1996: 74-79).

La llamada generación del 900 fue en su mayoría un grupo humano perteneciente a la elite con un gran conocimiento de la alta cultura europea, en especial la española o francesa —dependiendo el caso—, e influenciados por las doctrinas de Rodó. De los mencionados escritores, García Calderón fue el más afrancesado y Riva Agüero el más hispanófilo (Rivera, 2009: 410-449). Prueba de ello, su vasta obra escrita en francés y publicada en París (Sanders, 1997: 244-248). A raíz del vínculo con la cultura europea de la generación del 900, en 1941, Luis Alberto Sánchez la critica y maltrata despiadadamente: a los principales personajes del 900 los describe como extranjerizantes, etéreos, elitistas, librescos y frívolos (Sánchez, 1973: 191-204). Dicho estigma ha continuado vigente parcialmente hasta nuestros días (Planas, 1994: 13-28).

García Calderón elaboró una visión compleja de la América Latina en su conjunto, y no tan solo del Perú que, en su perspectiva, formaba parte de un todo mayor: la latinidad. Explicó la América y la Europa latinas desde diversos ángulos: desarrollo económico, teorías de geopolítica, visiones históricas, conceptos de raza y cultura, entre otros². Sus entradas fueron múltiples y sus explicaciones también lo fueron. Los trabajos de García Calderón se ubican en el género del ensayo. Sus concepciones son de carácter general, y muchas veces son pinceladas sobre las problemáticas del Perú o los países latinos. Sus escritos están lejos de ser trabajos monográficos donde el autor tiene como meta agotar la información y el análisis sobre un tema específico; más bien, son propuestas de una macrovisión de latinidad con ideas claras y disperso a la vez. Aun cuando no ofrece nueva información, propone nuevos horizontes³. Es un ensayista al estilo de muchos en el Perú de comienzos del siglo xx. Está dentro de una notable lista de intelectuales de diferentes corrientes de pensamiento de las primeras décadas del siglo xx: Manuel González Prada, José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaunde, José Carlos Mariátegui, Luis E. Valcárcel, Víctor Raúl Haya de la Torre, entre otros. Todos ellos jugaron, al igual que García Calderón, con la imaginación, la erudición y la pasión política.

Su método es sencillo: Primero da el diagnóstico y, después, ofrece la solución. Para la primera parte, el diagnóstico: el autor indaga las raíces históricas, antropológicas, sociológicas, políticas del problema. No se queda en el mero diagnóstico. Sus escritos tienen como intención influenciar a las elites para que éstas respondan a los retos del futuro de los países latinos. En ese sentido, García Calderón es un futurólogo. No está interesado en describir tan solo las tendencias, sino que propone soluciones para que los países latinos puedan ser agentes de su destino. Propone políticas proactivas, y no reactivas (Rivera, 2011: Introducción). Para ello, las elites debían anticiparse a los cambios que se daban en el entorno mundial y modificarlos a favor del mundo latino. Las elites debían responder al avasallamiento de las potencias con un programa cultural, bélico, económico que necesariamente debía reflejar los intereses de los países latinos. Propone que los países latinos interactúen, y no fueran manipulados. Es claro que las elites tienen la capacidad y el deber moral de encaminar positivamente a los países latinos. García Calderón ofrece de este modo la visión de un futuro deseado. Para ello elabora una visión panorámica de la problemática latina insertada con las tendencias mundiales de la política y el pensamiento, con lo que demuestra que su rechazo hacia cualquier intento de pensar soluciones sin considerar lo que ocurre a nivel mundial. América Latina está insertada en el mundo de modo irremediable y no puede escapar de ello.

El presente ensayo estudiará con detalle los siguientes libros de García Calderón publicados en lengua francesa y en la ciudad de París —excepto el último, escrito en español: *El Perú contemporáneo* de 1907, *Las democracias latinas en América* de 1912 y *La creación de un continente*, de 1913 (García Calderón, 2001: t. I, II y III). En cambio, no se tratará a profundidad la obra de García Calderón posterior al año de 1916, cuando publicó *El Panamericanismo: su pasado y su porvenir*, en que cambió su postura.

El contexto

Desde fines del siglo xix, y hasta casi el final del siglo xx, existió un discurso que con sus múltiples variables criticó la influencia de los Estados Unidos de Norteamérica en la América Latina. La crítica se dio por diversos motivos, abarcando desde el punto de vista cultural, social hasta el político y económico. La política norteamericana con respecto a la guerra

2 Cabe mencionar que García Calderón imaginó un mundo latino compuesto por países de la América y de la Europa, sin embargo, sus reflexiones se concentraron en los países que comprenden la América Latina.

3 Pedro Planas propone que García Calderón inició su reflexión con el Perú, y después con la América Latina. Pedro Planas (1994: 70-76).

hispano norteamericana (1898) y a su injerencia en Panamá en 1903 fue criticada por muchos (Altuve-Febres, 2012: 895). En el aspecto cultural debemos considerar la obra del uruguayo José Enrique Rodó, quien en su famoso libro *Ariel* influenció fuertemente el imaginario de las elites intelectuales de principios de siglo ocasionando todo tipo de reacciones. En el mencionado libro, escrito con un lenguaje difícil para un lector de inicios del siglo XXI, el autor expone el temor de la pérdida de la identidad latinoamericana frente al avance de la cultura anglosajona. Rodó defiende las bondades de una cultura hispanoamericana espiritual frente a la cultura anglosajona materialista. En su libro *Ariel*, de 1904, menciona que es indispensable proteger la cultura de hispanoamérica. Aun más, la influencia de la cultura anglosajona desvirtúa la esencia de la cultura latina heredada por los países iberoamericanos. Ambas culturas, sajona y latina, son incompatibles según el uruguayo y se anulan mutuamente, de tal modo que la asimilación de Latinoamérica a la cultura sajona significaba como la pérdida del alma de América Hispana. De acuerdo con la visión de Rodó, el predominio de la cultura sajona en nuestras tierras resultaba ser el fin de la esencia de la América Latina como pueblo. Se trata, como es obvio, de una crítica feroz a la búsqueda de los modelos anglosajones para aplicarlo al sur del río Grande (Curiel, 2000: IX-XXX). Rodó demanda un conocimiento de la realidad social cultural de uno, de hispanoamérica. Pero, paradójicamente, muchas de sus referencias son del mundo clásico europeo.

El discurso a favor de la América Latina por lo demás, no fue patrimonio de ningún grupo político en particular. Por ejemplo, García Calderón y Víctor Raúl Haya de la Torre (Trujillo, 1895-Lima, 1979), décadas después, fueron críticos de la inversión extranjera sin mayor control, un tema que causó pasión en la América Latina en casi todo el siglo XX⁴. En el caso de Haya de la Torre hay una mayor precisión en el tema. Haya consideraba que el Estado debía planificar la inversión extranjera para mostrar sus bondades. En este sentido, demandaba una actitud proactiva del Estado (Haya, 1992). Debemos decir que García Calderón no era tan preciso, pero conocía los lados luminosos, a los

que se refiere con mayor frecuencia, sin olvidar los lados oscuros de la inversión extranjera. Él creía que la influencia de Norteamérica se debía dividir por áreas: el Caribe y Centroamérica, donde había sido nefasta al mezclarse la inversión con el imperialismo político, que se basa en la desunión regional y el aislamiento de los Estados como fuente de poder. En cambio, en la América del Sur, donde solamente predominó la inversión, la intervención de Estados Unidos, consideraba, había sido positiva. Su política había sido de unión y no desunión (García Calderón, 2001: t. II, 81). Es claro que García Calderón se refiere a la influencia positiva del capital, criticada por muchos de sus contemporáneos y sobre todo por los intelectuales pertenecientes a las siguientes generaciones:

El capital extranjero que vence al desierto con rieles eficaces e improvisa ciudades frente al mar civilizador o funda industrias que favorecen la independencia económica, no puede ser desterrado del nuevo mundo español. Él ha creado en la América informe la civilización: primero, la autonomía y después la paz social...

Ante el extranjero que explota las riquezas nacionales, se explica la hostilidad o reserva; dentro del continente, la xenofobia aplicada a pueblos semejantes es un empeño suicida (García Calderón, 2001: t. II, 135, 138).

La intención-el público

La intención del autor es sumamente pertinente para nuestro trabajo. Ella también se vincula a la pregunta de a qué público se dirigía su obra. A mi entender, García Calderón apostó por un público bastante diverso. Primero, estaba dirigido a las personas que leyeron en francés y vivieran en París. Podemos imaginarnos a su público en París: los latinos exilados o no y los intelectuales y políticos con proyección internacional de origen francés. Cabe mencionar que los hermanos García Calderón, Francisco y Ventura, ejercieron cierto liderazgo intelectual, un poco al estilo de Rubén Darío, en el París de las primeras décadas del siglo XX. Cabe recalcar la importancia de París para las elites latinas de ese entonces. París era considerada como el paradigma de la civilización, el parangón de lo que era la vida civilizada. Desde París los García Calderón lograban ampliar su público a nivel continental (Sánchez, 1986: IX-XIV; McEvoy, 2008: 309-315). Francisco fue considerado por muchos como el heredero de Rodó, lí-

⁴ Las inversiones norteamericanas se incrementan sobre todo a partir de los años 20, durante el gobierno de Augusto B. Leguía. En minería, las compañías peruanas terminan en manos de compañías extranjeras en las primeras tres décadas del siglo XX. Thorp y Bertram (1988: 117-140); Thorp, 1998: 98-107).



der intelectual de la América Latina⁵. Pero, a la vez, de modo trágico, el escribir en francés muchas de sus obras y ser poco traducido redujo su audiencia en el Perú así como en otros países de habla hispana. A pesar de todo, García Calderón fue leído por personajes importantes en la cultura nacional: José de la Riva Agüero, Víctor Andrés Belaunde, José Carlos Mariátegui, Jorge Basadre, Luis Alberto Sánchez, entre otros. Pero, al final, su audiencia local constituyó un grupo reducido.

La capacidad de audiencia en el mundo intelectual depende mucho de las instituciones que lo apoyan. García Calderón, a diferencia de muchos, no contó con una institución o una agrupación política o con su propia familia interesada o con poder para divulgar su obra. Si se analiza los casos de Víctor Raúl Haya de la Torre o Luis Alberto Sánchez con el APRA, Mariátegui con su familia y los partidos e intelectuales de izquierda, Riva Agüero o Belaunde con la Pontificia Universidad Católica del Perú, todos ellos tuvieron apoyo durante su vida o después para la divulgación de su obra. García Calderón no lo tuvo. Su opción de desvincularse de los centros de divulgación intelectual como la Universidad Mayor de San Marcos, implicó una pérdida de presencia en el debate público de sus ideas (Basadre, 1954: X).

La intención-El proyecto

De acuerdo a los lineamientos del pensamiento de García Calderón, era necesario emprender el análisis de los deberes de las elites (Rivera, 2007: 71-84) a partir del diagnóstico de la geopolítica mundial de las razas. La premisa es sencilla: el mundo se dividía en grandes bloques de razas: fundamentalmente la anglosajona, la alemana, la japonesa y la latina. Se trata de bloques fuertes que se movían de modo unitario. La raza latina tenía la particularidad de estar dispersada en naciones Estado que no podían hacer frente a la amenaza de las otras de los grandes bloques ya mencionados. Por ello, la América Latina debía responder ante la exigencia de un contexto mundial que la obligaba a buscar la unidad. Las elites de los países latinos debían coordinar un bloque para jugar de modo horizontal y no vertical, de dependencia, en el escenario mundial. Para García Calderón estaba claro que los países aislados estaban condenados al fracaso o, peor aún, al dominio por los

grandes bloques. Los países latinos están obligados a conformar un solo bloque y negociar con los demás en términos de bloques.

El pensamiento de García Calderón es similar al controvertido historiador de la universidad de Harvard Samuel Huntington (Altuve-Febres, 2012: 913). El profesor de la universidad de Boston considera que los conflictos mundiales serán en el futuro por cuestiones culturales religiosas y, no ideológicas. La caída del muro Berlín ha creado las condiciones para dejar de lado la ideología y pasar a una etapa postideológica (Huntington, 1997). De algún modo, y de modo sencillo, Huntington plantea una política mundial para inicios del siglo XXI de modo similar a lo imaginado por García Calderón. Antes de la primera guerra mundial, para el autor peruano nacido en Chile, los países latinos enfrentan la amenaza: alemana, japonesa y norteamericana. Como es de prever, se detiene con mayor detalle para considerar al coloso del norte, y los peligros de imponer su cultura y su dominio político y económico. Sin embargo, García Calderón considera que la influencia norteamericana es positiva en algunos aspectos para el desarrollo de la cultura latina. Los latinos pueden aprender de la cultura norteamericana, y enriquecerse. Por otro lado, García Calderón, a diferencia de Rodó, fue consciente de los puntos negativos de la cultura latina. García Calderón se permitió ser muy duro con la propia *raza* latina. Licencia impensable para el escritor uruguayo.

¿Qué tipo de bloque consideraba el más pertinente García Calderón? ¿Cómo lo justifica? Son preguntas que es necesario responder. Como es de esperarse, el autor considera necesario formar algún tipo de unión política entre los países latinos que comparten el mismo "destino". Es una unión justificada por lazos históricos que fueron rotos durante la guerra de emancipación americana. La independencia desató una feroz fuerza centrífuga que resquebrajó la unión americana. La emancipación fue el momento de ebullición de las nacionalidades definidas en contraposición al sueño de un país hispanoamericano. Los grandes proyectos de unión imaginados por José de San Martín y de Simón Bolívar se enfrentaron a la pasión por la individualidad de cada país latinoamericano. El gran héroe de García Calderón es Bolívar (García Calderón, 2001: 59; 2003: 157-165), figura poco querida en el Perú. Para García Calderón era fundamental reparar la fuerza centrífuga de la emancipación y buscar acuerdos de unión entre los diferentes países latinos. Para el autor era necesario

5 Pedro Planas, *El 900: Balance y recuperación*, pp. 71, 74.

romper con la triste historia de desunión de la América Latina, que había disgregado el inmenso Imperio Hispano en varias repúblicas. Para eso resultaba necesario construir una visión de futuro de unión latinoamericana. La solución era aceptar las nacionalidades latinas, pero a la vez luchar para que no se perdiera la visión de un proyecto de unión americana. Se tenía que desarrollar una conciencia de que al final todos los latinos pertenecían a una misma *raza* y tenían que cumplir metas en conjunto⁶.

Antes de analizar la propuesta del bloque latino de García Calderón, pasemos revista de los bloques que él rechaza. Antes de 1916, como ya lo hemos mencionado, García Calderón fue un duro crítico del panamericanismo. Consideraba absurda la apuesta por el panamericanismo porque se basa en la conformación de un solo bloque en el continente americano sin respetar las diferencias culturales entre las dos Américas. El panamericanismo constituía una doctrina peligrosa porque no se podía unir dos realidades diferentes. Cada América era una entidad diferente de la otra. Para el autor, la América se divide en dos: la anglosajona y la latina, y consideraba que el panamericanismo estaba vinculado con la doctrina de Monroe: la expresión de la dominación de la América Sajona a la latina (García Calderón, 2001: t. II, 78-79).

Otra posibilidad vigente en ese entonces era el paniberismo que, para muchos autores de la época, era la solución frente al avasallamiento norteamericano de la América Latina. La doctrina del paniberismo estaba basada en la existencia de los lazos históricos culturales entre Hispanoamérica y la madre patria, el Reino de España. Los vínculos estaban constituidos por tener la misma raíz cultural: la ibérica. Era, por lo tanto, la visión de la formación de un sólido bloque entre los países hispanos y España. Era un sistema de alianza concebido en términos similares al Commonwealth inglés de la segunda mitad del siglo xx. Un Commonwealth ibérico entre los antiguos Virreinos españoles y España. A diferencia del Commonwealth británico, el ibérico sería un bloque para fomentar y desplegar los desarrollos culturales y, no tanto para desarrollar proyectos económicos. El proyecto era defendido sobre la base de la existencia de una comunidad panibérica.

A nuestro autor le parecía poco atractivo el mencionado proyecto del paniberismo porque España no estaba en condiciones de aportar mucho y sí, en cambio, de demandar demasiado. Tenía una visión pesimista de la “Madre Patria”. La describe como un país en franca decadencia; en contraste con América, llena de juventud, de energía. En muchos pasajes de sus libros, García Calderón se deja arrastrar por una visión de futuro extremadamente optimista. Se atreve a decir que América tiene la fuerza para salvar a una España sin energía. España no podía ser la solución a los problemas de América. En cambio, la juventud de América daría la fuerza necesaria para que España salga de la encrucijada de su decadencia. El mensaje era sencillo: España estaba enferma, sin vigor y sin ruta, es decir, sin futuro. La pérdida de la energía española fue la obsesión de los intelectuales y políticos de la generación del 98. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas fue un signo de la decadencia hispana. Para García Calderón, América está en transformación positiva, cada vez es más autónoma frente a la cultura española. Aun más, constantemente ofrece productos culturales de primera a una España sin mayor creatividad. La corriente modernista liderada por Rubén Darío era muestra de los nuevos vientos de creación cultural (García Calderón, 2001: t. II, 84, 85, 87).

El autor acusaba a los españoles de ser ignorantes en asuntos americanos. Los españoles describían Hispanoamérica con una serie de clichés que deformaban la verdadera imagen de los americanos. Elaboraban metáforas satíricas del mundo americano; por ejemplo, menciona García Calderón que el “indiano es un personaje de zarzuela” para los españoles. Para nuestro autor, la relación de los españoles con la América era compleja y contradictoria. Los españoles elaboraban un discurso contradictorio mezclando metáforas de dominación con sentimientos de decadencia. Recordaban un gran pasado que comparaban con un presente desgraciado, con una actitud defensiva de un sentimiento de inferioridad. Sus imágenes de América reflejaban más su propia realidad que la americana. Para García Calderón, España “desdeña a aquellas antiguas colonias que oponen su antigua abundancia de advenedizos la orgullosa pobreza de los hidalgos” (García Calderón, 2001: t. II, 84).

Cabe mencionar que la doctrina del bloque hispanoamericano, imaginada, pensada y sustentada de múltiples modos, fue defendida tanto en América como en España. En España, la derrota española

6 La unión americana implicaba la paz entre el Perú y Chile y el olvido de toda actitud revanchista peruana. Se trata, a no dudarlo, de una idea dolorosa para los peruanos de inicios del siglo xx. Además, hay que recordar que el padre de García Calderón vivió en cautiverio y en muy malas condiciones durante la Guerra del Pacífico.



en Cuba y Puerto Rico en 1898 significó no solo la pérdida de sus últimos territorios en la América y de una gran fuente de recursos, sino la reflexión obsesiva de la decadencia española y la necesidad de regeneración de España. Para muchos la regeneración implicaba la construcción de las relaciones de España con Hispanoamérica sustentada por una tradición común. Con sus múltiples variables, el proyecto de la unión hispanoamericana fue elaborado inicialmente por intelectuales de la generación del 98. Sus discursos fueron calando fuertemente en España hasta convertirse en parte sustancial de la política oficial española. Con el pasar de los años, todas las tendencias políticas españolas habían comprado el proyecto. Dependiendo de las facciones, la visión española respecto al vínculo con Hispanoamérica ha variado en algo; aunque siempre tenía un fuerte componente cultural. El beneficio para España era muy alto: recuperar su prestigio y fuerza en el escenario mundial (Niño, 1992: 629-653).

Por el lado americano también se dieron múltiples variables de cómo se concebía la unión hispanoamericana. Dependiendo de los países, de sus propias dinámicas y composiciones sociales, los discursos a favor del bloque hispanoamericano fueron esbozados con fuertes tonos culturales de índole católico y socialmente jerárquico. Fueron identidades concebidas en términos defensivos y no tanto como una propuesta a futuro. En el Perú, dicho discurso hispanoamericano reflejó el temor de la pérdida de la identidad frente a una cultura descrita como materialista y secular; y, reflejó también una concepción jerárquica en donde la cultura indígena era subalterna a la española o debía asimilarse a la cultura occidental.

Regresando a García Calderón, este autor rechazaba una concepción hispanoamericana, con una España a la cabeza de la alianza; más bien propuso un bloque americano europeo de la *raza* latina. Resulta interesante e inusual por la vastedad del territorio que la alianza abarcaba, y las dificultades técnicas (que no discute). El bloque de la raza latina comprendía a los siguientes países: España, Italia, Portugal y, por supuesto, Francia en Europa y los países hispanoamericanos. No cabe la menor duda de que Francia debía liderar el bloque latino y, enfrentar la competencia de los países anglosajones (Estados Unidos de Norteamérica y Gran Bretaña), Alemania y el Japón⁷. Los países latinos estaban

urgidos de aliarse para impedir de ser subordinados, y poderse desarrollar de modo autónomo. Consideraba que la inserción en el mundo de los países latinos debe ser proactiva, con un plan de acción conjunto. Era un enfrentamiento por la defensa de la autonomía cultural, espiritual, política y económica. Sin embargo, García Calderón creía en un cierto grado de cooperación e interculturalidad entre las diferentes razas.

Aquí sería interesante comparar a García Calderón con Javier Prado (Lima, 1871-1921). Este último es un autor singular en su preferencia por el país modelo, y del cual el Perú debía no solo imitar sino también vincularse. Prado le dedica un libro entero a los Estados Unidos, *La nueva época y los destinos históricos de los Estados Unidos*, y describe este país como símbolo del presente y del futuro en términos muy elogiosos, pues le atribuye haber logrado combinar el espíritu industrial con el asociativo. Hay que anotar la cercanía de este análisis con el célebre libro de Alexis Tocqueville, *La democracia en América*, como sustento de la libertad norteamericana. Para Prado, los Estados Unidos estaba compuesto de “[a]quella raza de hombres fuertes, severos, íntegros, de grave disciplina moral, que fundaron la Independencia de los Estados Unidos, la establecieron, desde el origen, sobre las bases indestructibles de una obra y de una misión de libertad y de justicia social y política... que ha sido decisiva en los destinos de la actual civilización” (Prado, 1919: 86). Valga la pena recordar que Prado admiraba a los Estados Unidos previamente a su transformación social a través de la política de los derechos civiles de los años de 1950 para adelante.

Prado considera a los Estados Unidos como un aliado estratégico para el Perú y la América Latina. El autor sustentaba esta aseveración aduciendo que el gobierno norteamericano había dado muestra concretas de su simpatía con el Perú, y recordaba que la política exterior de Estados Unidos había sido favorable al Perú durante la Guerra del Pacífico. Prado argumenta que la política exterior del presidente Wilson con el panamericanismo, heredero de la doctrina de Monroe, debía ser eje fundamental de la región. Resulta curioso comparar su posición frente a Estados Unidos con la de Francisco García Calderón. Como queda dicho, antes de 1916, García Calderón fue un duro crítico del panamericanismo. Consideraba absurda la apuesta por el panamericanismo porque se basaba en la conformación de un solo bloque en el continente americano sin respetar las diferencias culturales entre las dos Améri-

7 Existen diferentes culturas que deben responder a sus propios retos y mantener su idiosincrasia. Francisco García Calderón (2001: t. III, 387)

cas. El panamericanismo es una doctrina peligrosa porque no se puede unir dos realidades diferentes. Cada América es una entidad diferente de la otra. Para el autor, la América se divide en dos: la anglosajona y la latina, y considera que el panamericanismo está vinculado con la doctrina de Monroe: la expresión de la dominación de la América Sajona a la Latina (García Calderón, 2001: t. II, 78, 79 y 81).

Con la Primera Guerra Mundial, el pensamiento de García Calderón se acerca a las opiniones de Prado. En *El Panamericanismo*, García Calderón defiende el panamericanismo a pesar de ser consciente del imperialismo norteamericano del siglo XIX (por ejemplo la usurpación norteamericana de territorio mexicano) y de las diferencias culturales o raciales. Para García Calderón, había existido una transformación de la política exterior de los Estados Unidos y del contexto mundial. El panamericanismo es la respuesta contra el militarismo y la destrucción de la civilización occidental por parte del pangermanismo. El panamericanismo defendía el progreso industrial, la fe en el hombre libre, la paz, la tolerancia y la igualdad (García Calderón, 1916: 3, 31-33, 48-51, 55-59). En su obra el *Wilsonismo* continúa con una posición a favor de la relación positiva entre las dos américas, plantea la existencia de dos tipos de política exterior norteamericana para la América Latina: la del presidente Theodore Roosevelt basada en la conquista y la del presidente Woodrow Wilson basada en la colaboración paternal. En el caso de imponerse una postura del partido conservador a lo Theodore Roosevelt, los países latinos estarían obligados a entablar alianzas fuera del continente para contrarrestar la fuerza del coloso del norte. En cambio de continuar con la política del presidente Wilson, los norteamericanos terminarían imponiendo una hegemonía moral, creando, de ese modo, una gran asociación política cuyas bases serían el arbitraje —evitando las guerras, la paz y la unión—. Tan solo en el continente existía un escollo: Chile que tendría que dejar de lado su cultura militarista germánica en aras de la unión panamericana (García Calderón, 1920: 53-68).

La raza

En el pensamiento de García Calderón como para muchos de los intelectuales de ese entonces, la raza era un componente fundamental para entender la sociedad y sus diferentes manifestaciones. Aun más, la raza era la variable fundamental para comprender la política y

la geopolítica de García Calderón. Por la importancia que el autor asigna al término “raza” es crucial responder a la pregunta: ¿Qué significa “raza” para García Calderón? A mi entender, el autor utiliza el término de modo diversos. Es una palabra que se repite profusamente en sus textos. En líneas generales el autor utiliza el término de dos modos: un primer caso el término raza se vincula con la tradición y la cultura; y en un segundo está relacionado con posturas racistas originadas en parte por el social darwinismo, y de otra parte, por la larga historia de exclusión social del Perú. Ambos usos son en una primera mirada diferentes, pero tengo la sospecha de que ambos significados, de modo consciente o inconsciente, se entremezclan con facilidad.

En muchas de las reflexiones sobre la raza, García Calderón la vincula a cuestiones de índole cultural (De la Cadena, 2004). Para nuestro autor, “la idea de raza es como síntesis de los diversos elementos de una civilización definida. Religión, arte, lengua, convivencia secular en determinado territorio, tradición, afinidades morales que fijan a través de los siglos, durables culturas y caracteres psicológicos inconfundibles” (García Calderón, 1916: 1). Por ello existe una raza latina, otra japonesa, otra germánica, otra sajona. En el caso de la latina, ésta se ha desarrollado en ambos continentes, el americano y el europeo. El mundo está compuesto por diferentes razas. La política mundial está enmarcada por las luchas de las razas, y su reverso también, aunque de modo menos enfático, de cooperación y de relaciones de interculturalidad. Para el autor: “la idea de raza, es decir tradiciones y cultura, domina la política moderna” (García Calderón, 2001: t. III, 389).

En el pensamiento de García Calderón, no es claro si la raza se puede modificar o no. Es decir, si el carácter social se transforma o no. Todo parece indicar que sí, pero de modo muy lento y por múltiples causas. Por ejemplo, la raza de la América no sajona era la creación de una compleja y lenta historia de mezclas y relaciones (García Calderón, 2001: t. II, 91). Otro factor de cambio resultaba ser el clima, el cual modificaba el carácter de los habitantes de un territorio o ponía su sello en ellos. La heterogeneidad cultural de una misma raza se explica por la diversidad de climas. La sociedad no es ajena a la marca de la geografía. Cabe recordar que la variable climática fue de uso común en el pensamiento europeo, y continuó siendo un referente importante hasta la primera mitad del siglo XX. Era común sostener que el clima modificaba el comportamiento humano y, muchos autores sostenían que el clima influía en las



propias características físicas de los humanos (García Calderón, 2001: t. II, 92-93). Está claro que hay una necesidad de comprender la influencia del clima para comprender a su vez la diversidad cultural americana:

En un siglo de desarrollo político aislado bajo la influencia del clima y del territorio, se han formado caracteres diversos, divergentes en las naciones de América: México está privado de la elocuencia tropical que se observa en Colombia, la rigidez chilena contrasta con la rica imaginación de los brasileños; los argentinos forman un pueblo comercial; Chile es una república belicosa; Bolivia practica una política astuta, obra de un pueblo lento y práctico, que le da una fuerza nueva; el Perú persiste en sus sueños de idealismo generoso; América Central permanece desgarrada por una anarquía que parece irremediable; Venezuela y las Antillas se inspiran todavía de un vano lirismo. (García Calderón, 2001: t. III, 342).

Para García Calderón, la heterogeneidad cultural de la raza latina era creada en parte por el clima aunque también por otros factores como, por ejemplo, el histórico. De modo a veces poco claro, la raza se modificaba o, mejor dicho, se expresaba de diferentes modos, y no tanto que deja de existir. La raza resiste los años. Resultaba ser más fuerte que el clima y otras variables e imponía una cierta unidad. A través de este razonamiento García Calderón imagina una raza latina que se desarrolla desde un vasto territorio que abarca la parte del continente americano por debajo de Río Grande hasta la Patagonia. Por el lado europeo, menciona a Portugal, España, Francia e Italia. La raza era percibida como un sello, una marca que dejaba una huella imborrable, y que el clima, la historia creaba una cierta heterogeneidad dentro de la raza:

Pero tales divergencias no marcan separaciones esenciales. Ellas no pueden destruir la obra secular de las leyes, las instituciones, la religión, las tradiciones y el lenguaje. La unidad posee fundamentos indestructibles, antiguos y tan profundos como la raza misma. (García Calderón, 2001: t. III, 342).

García Calderón es crítico de quienes creen que las razas varían o se modifican con sencillez. Aun más, exige de los políticos una sabia lectura de las razas de su país. Debían conocer la raza que tenían que gobernar y a la cual pertenecían. Las elites debían comprender bien a que raza pertenecían, y cuáles eran sus características positivas y negativas. García Calderón no tiene necesari-

amente la mejor opinión de la raza latina, pero cree que es un combate inútil querer modificarla. El gran dilema de las elites gobernantes lo constituía el dar las leyes que necesitaba la sociedad, y no importar unas que funcionan para un país determinado. No creía en la universalidad de las leyes, así como no creía en la universalidad del hombre. La raza implicaba la diversidad cultural y, en menor grado, la genética —aunque en sus escritos existen posiciones encontradas—. Por ello, es un duro crítico de las democracias latinas. A partir de la emancipación, sostiene García Calderón, al igual que Víctor Andrés Belaunde (1987: 153-161) y muchos otros, que existió una relación negativa de las normas jurídicas y el país, o la raza en términos de García Calderón:

En las democracias latinas americanas, estéril ha sido la revolución fundamental de las cuales los políticos se ufanan bajo el barniz republicano, profundo y secular se mantiene la herencia española. Las formas varían pero el alma de la raza permanece idéntica. (García Calderón, 2001: t. III, 106).

Por otro lado, el término “raza” tiene connotaciones racistas heredadas del social darwinismo, con un fuerte historial en la historia latinoamericana de fines del siglo XIX y comienzos del XX que se empalma de cierto modo con la jerarquía social virreinal. En buena parte de los escritos existe un racismo muy velado y en otros se torna para un lector de comienzo del siglo XXI en muy desagradable. Hay páginas en *Las democracias en América* espantosamente ásperas. Por ejemplo, elabora descripciones de las cualidades morales de cada una de las razas existentes en el Perú en términos muy negativos para la población no europea. Aun más, su pensamiento es más complejo cuando describe las relaciones entre las diferentes razas en el Perú. Consideraba que existía el peligro de una lucha de razas en el mejor estilo de una guerra de castas. Entre el criollo se enfrentan el mestizo, el indio, el africano, etcétera (García Calderón, 2001: t. III, 100-101, 111, 357-368).

Para un contemporáneo es difícil y chocante entender un modelo social jerárquico al estilo del de García Calderón. Cabe recalcar que es un hombre de su tiempo, lugar de origen, y de su ubicación en la sociedad. Dichas expresiones no tienen nada de novedoso. Fueron las típicas clasificaciones racistas de una elite con una visión jerárquica. Su pensamiento refleja la larga tradición de exclusión social en el Perú que clasifica a

los descendientes de europeos como superiores de los demás grupos humanos. Karen Sanders sostiene que García Calderón recoge mucho del pensamiento del positivismo latinoamericano vinculado con el social darwinismo, sobre todo de origen francés (Sanders, 1997: 262-263). En su descripción de los mestizos, herederos de la raza indígena, se muestra su racismo (aunque no siempre es pesimista) (García Calderón, 2001: t. III, 358) y una relación de razas marcada, muchas veces, por una guerra de castas:

el mestizo, producto de un primer cruce, no constituye un producto utilizable para la unidad política y económica de América, porque conserva los defectos del indígena: es desleal, servil y a menudo haragán. Solamente después de nuevas uniones con el europeo es que se afirma la fuerza de carácter heredera del blanco. Heredero de la raza colonizada, de la raza autóctona, adaptada al medio, es muy patriota. El americanismo, hostil a los extranjeros, es su obra. Quiere conquistar el poder para arrebatar los privilegios de las oligarquías criollas. (García Calderón, 2001: t. III, 362-363).

El social darwinismo de García Calderón tiene una visión cambiante de las razas a través de las “mezclas de razas”. Es una posición llena de matices, y complicada cuando trata de entender la realidad social de América. Como toda clasificación rígida se llena de subclasificaciones para capturar el verdadero tejido social. García Calderón considera que existen reglas de cómo mejorar la raza, de modo parecido al pensamiento colonial tan bien descrito en los famosos cuadros de las razas que describen visualmente cómo la raza blanca va mejorando las otras razas (Estenssoro, 2000: 78-92). Es clave para el ascenso social de una generación a otra tener más sangre blanca/europea, evocando la terminología de la época virreinal. Un grupo humano no está circunscrito a una raza de generación en generación. El saltar a una mejor raza (más blanca) es cuestión de cruces acertados:

No basta un solo cruzamiento para que los caracteres de la raza superior sean comunicados al mestizo en forma duradera. Son necesarios uniones de tercer, cuarto y quinto grado, es decir, tantos cruzamientos sucesivos entre padre y madre de raza blanca para que el mestizo esté en condiciones de asimilar ... Para que esta selección se concrete a favor del blanco, sería menester, no solo que las razas sometidas al cruzamiento sean numéricamente proporcionadas, sino

que la masa europea domine y pueda imponer su mentalidad a las futuras razas. En resumidas cuentas, el problema de la raza depende de la solución dada al problema democrático. Sin el aporte de una población nueva, la raza en América retrocederá y se agotará lamentablemente. La frase de Alberti sigue actual: En América, gobernar es poblar. (García Calderón, 2001: t. III, 367-368).

Su apuesta por la mezcla de razas es muy lejana a las propuestas de mestizaje al estilo de Víctor Andrés Belaunde, quien postulaba una peruanidad privilegiando lo español pero sin olvidar lo indígena (Sanders, 1997: 365-371) y, aun más, lejos de nociones de mestizaje como la concepción de la raza cósmica del mexicano José Vasconcelos. Hay un conjunto de hechos históricos que marcan la diferencia con México: la revolución mexicana y el Estado post revolucionario. En el México post revolucionario, el gran proyecto de educación de José Vasconcelos (1882-1959) forjó un mestizaje educativo. Su concepción jerárquica de las razas está más cerca a las de Javier Prado y Clemente Palma. Ambos creían que una raza inferior se podía mejorar con una mezcla con una raza superior, y con una mejor educación (en el caso de Javier Prado). Para García Calderón así como para Prado y Palma, en la definición de raza, se entremezclaba aspectos biológicos y culturales (Prado, 1894; Palma, 1897).

García Calderón creyó ver en los criollos los agentes del progreso en América Latina y, como Karen Sanders reclama, olvidó la gran mayoría del país, los indígenas. Olvidó lo que otros de la generación del novecientos rescataron, aunque de modo jerárquico. De un modo u otro, nuestro autor visualizó un Perú liderado por latinos; es decir, de los descendientes de los europeos afincados en América (Sanders, 1997: 250, 260-262, 273-275). Pero, a su vez, García Calderón no creyó en una sociedad estática. Soñó en una clase media latina que dirigiera el país en reemplazo de una elite de la cual no tenía gran impresión. No era, por lo tanto, tampoco, un reaccionario (García Calderón, 2001: 510-511; Sánchez, 1986: 47).

A modo de conclusión

Por lo menos hasta 1916 García Calderón planteó claramente una geopolítica de la raza latina. Los líderes de la raza latina debían imaginar, pensar y actuar como un bloque de naciones compuesto por los países de la



América y Europa Latina. Creía, a la vez, que Francia debía jugar un rol central. En su esquema, América era el continente de la juventud, de la energía y de todas las dificultades que ello implica; España era país en decadencia, sin energía y norte, que necesitaba de la energía de otros para regenerarse. Por ello los países latinos poco debían esperar de la madre patria. No cabe duda que el liderazgo lo debía ejercer Francia. Es una Francia sin la proyección imperialista, a lo Napoleón III. Es, más bien, imaginada como símbolo y centro de la civilización latina. Por eso dedica tanto esfuerzo de convencer a los políticos franceses de su proyecto. La Francia de García Calderón era una potencia mundial con vastos territorios coloniales dispersos en África y Asia.

La raza está obsesivamente presente en su pensamiento. Es, en mucho, una geopolítica de las razas, bastante común forma de pensar en muchos de los autores de la época. El proyecto de García Calderón olvida a la gran mayoría de la población, los indios; o busca de ellos una actitud pasiva. Es similar a la forma de pensar de la república de los criollos republicanos, con poca referencia a lo indígena como base para forjar un país con tradición y visión de futuro (Aljovín, 2000: 73-215). Para García Calderón, lo latino abarca a los sectores criollos y ciertos grupos de mestizos, de algún modo los blanqueados, y fuertemente vinculados a los ámbitos urbanos. En cambio, como ya lo hemos analizado, tenía desdén por otros grupos humanos de origen étnico no europeo. Vale decir negros, indios y castas en general.

¿Qué implica esto? En el bloque latino, por lo menos de lado americano, y que varía de país en país, existían excluidos: los no europeos. Luis Alberto Sánchez correctamente critica: su olvido de los indígenas en momentos en que se inicia fuertes posturas indigenistas en el Perú (Sánchez, 1986: 51). No quedan del todo claro los posibles mecanismos de inclusión; pero tampoco cae García Calderón, vale la pena enfatizar, en el extremismo del social darwinismo de la imposibilidad de la inclusión social. Más bien, García Calderón enfatiza la importancia de una elite dirigente y culta. Su propio lema así lo indica: “El Perú se salvará solo bajo el polvo de una biblioteca” (Sánchez, 1986: 51).

Hasta 1916, apuesta por la unidad latinoamericana, frente a las grandes potencias. Es una de las bondades del pensamiento de García Calderón. Sabe bien de la existencia de las naciones. En su proyecto supra-

nacional, no existe crítica de los nacionalismos. Son parte de la realidad. Ellos debían ser medidos para que la unidad latina se desarrollara. Son un peligro, eso sí, los nacionalismos que dividen los países latinos. La sugestión que está detrás es de una generosidad enorme si tomamos en cuenta la historia personal familiar en relación con Chile. A pesar de que su padre fue el presidente cautivo, que sufrió humillaciones, García Calderón abogó por la fraternidad latinoamericana. Hay mayores elementos de unión que desunión: hay que encauzar el proyecto de los fundadores de las repúblicas, José de San Martín y Simón Bolívar, quienes vieron frustrados sus planes de proyectos supranacionales. Para García Calderón este proyecto cruza el Océano Atlántico: es el de la existencia de la raza latina.

Referencias bibliográficas

- ALJOVÍN, Cristóbal (2000). *Caudillos y constituciones. Perú 1821-1845*. Lima: IRA-FCE.
- ALTUVE-FEBRES, Fernán (2012). “Francisco García Calderón, el Tocqueville de la democracia latina”, en *Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu*, Margarita Guerra Martinière y Rafael Sánchez-Concha Barrios editores. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- BASADRE, Jorge (1954). “Prólogo”. En *Francisco García Calderón en torno al Perú y América*. Lima: J. Mejía Baca y P.L. Villanueva.
- BELAUNDE, Víctor Andrés (1987). “Meditaciones peruanas,” en *Obras Completas*. Lima: Edición de la Comisión Nacional del Centenario de Víctor Andrés Belaunde.
- DE LA CADENA, Marisol (2004). *Indígenas mestizos: razas y cultura en los Andes*. Lima: IEP.
- CURIEL, Fernando (2000). “Prólogo”, en José Enrique Rodó, *Ariel*. México: Factoría ediciones.
- ESTENSSORO, Juan Carlos (2000). “Los colores de la plebe: razón y mestizaje en el Perú colonial”, en *Los cuadros de mestizaje del virrey Amat*. Lima: Museo de Arte de Lima.
- GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO (2003). “Bolívar: el más grande libertador”, en *América Latina y el Perú del novecientos. Antología de textos*. Teodoro Hampe Martínez ed., Lima: UNMSM.
- GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO (2001). *El Perú contemporáneo. Obras escogidas*. Tomo I. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.
- GARCÍA CALDERÓN, FRANCISCO (2001). *La creación de un continente, Obras escogidas*. Tomo II. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.

- GARCÍA CALDERÓN, Francisco (2001). *Las democracias latinas en América, Obras escogidas*. Tomo III. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco (1920). *El wilsonismo*, con una semblanza de Gonzalo Zaldumbide. Lima: S/E.
- GARCÍA CALDERÓN, Francisco (1916). *El panamericanismo: su pasado y su porvenir*. Nueva York-París: Imprenta de la casa editorial Bailly-Bailliere.
- GONZALES, Osmar (2011). *Ideas, intelectuales y debates en el Perú*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- GONZALES, Osmar (1996). *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*. Lima: Ediciones Preal.
- HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl (1992). “Discurso de la Plaza de Acho (1931)”. En Luis Alva Castro, comp., *Aprismo: nueva doctrina (discursos de Haya de la Torre)*. Lima: Cambio y Desarrollo.
- HUNTINGTON, Samuel (1997). *The Clash of Civilizations: Remaking of World Order*. Nueva York: Touchstone Book.
- MCEVOY, Carmen (2008). “Una sola y gran ciudad: la tradición letrada en la obra de Francisco García Calderón”, en Carlos Aguirre y Carmen McEvoy, eds., *Intelectuales y poder. Ensayos en torno a la república de las letras en el Perú e Hispanoamérica (ss. XVI-XX)*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos/Instituto Riva Agüero.
- NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio (1992). “La II República y la expansión cultural de hispanoamérica”, en *Hispania: Revista Española de Historia*, Vol. 52, N° 181.
- PLANAS, Pedro (1994). *El 900: Balance y recuperación*. Lima: Citdec.
- PRADO, Javier (1894). *Estado social del Perú durante la dominación española*. Lima: Imprenta de Diario Oficial.
- PRADO, Javier (1919). *La Nueva Época y los destinos históricos de los Estado Unidos*. Lima, Boza.
- PALMA, Clemente (1897). *El porvenir de las razas en el Perú*. Tesis para optar el grado de bachiller de la UNMSM.
- RIVERA, Víctor Samuel (2011). *Tradicionalistas y maurrasianos. José de la Riva-Agüero (1904-1919)*. Lima: Tesis para optar el grado de doctor por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras y Ciencias Humanas.
- RIVERA, Víctor Samuel (2009). *El marqués de Montealegre de Aulestia. Biografía española de un nacionalista peruano*, Vol. 17, N° 39.
- RIVERA, Víctor Samuel (2007). “Hermenéutica, política y racionalidad para 1907. En el centenario de *Le Pérou Contemporain* de Francisco García-Calderón”, en *Socialismo y participación*, N° 103, junio.
- RODÓ, José Enrique (2000). *Ariel*. México: Factoría ediciones.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1986). “Prólogo”, en *Obras Escogidas de Ventura García Calderón*. Lima: Ediciones Edubanco.
- SÁNCHEZ, Luis Alberto (1973). *Balance y liquidación del novecientos*. Lima: Editorial Universo S.A.
- SANDERS, Karen (1997). *Nación y tradición: Cinco discursos en torno a la nación peruana 1885-1930*. Lima: IRA-FCE.
- THORP, Rosemary (1998). *Progress, Poverty and Exclusion: An Economic History of Latin America in the 20th century*. Nueva York: Inter-American Development Bank.
- THORP, Rosemary y Geoffrey BERTRAM (1988). *Perú 1890-1977. Crecimiento y políticas en una economía abierta*. Lima: Mosca Azul, Universidad del Pacífico y Fundación Ebert.